

pretenden introducir en la interpretación de la Escritura especulaciones racionales. En la *Ética* y en el *Tratado Político* no hallamos referencias explícitas al aristotelismo, aunque en el pasaje sobre la vida común de los hombres pueden detectarse algunos tópicos implícitos.

Sin duda un lugar emblemático donde los comentarios spinozistas a propósito de los antiguos alcanzan una mayor concentración es en la Carta 55 a Hugo Boxel, donde se examina el asunto de los espíritus. Allí Spinoza hace prevalecer la autoridad de los *materialistas* Demócrito y Lucrecio sobre los *filósofos* Sócrates, Platón y Aristóteles.

En cuanto al lugar del estoicismo en la filosofía del judío holandés, la autora del artículo se adhiere a las tesis de Akkerman y Proietti al defender que esta doctrina constituye el principal objeto de atención y de discusión por parte de Spinoza, quien se ocupa de marcar bien la distancia que media entre su explicación y la doctrina estoica de las pasiones (E V, Praef.). En consecuencia, esto permite suponer que no fueron precisamente los estoicos antiguos ni el neo-estoico Justo Lipsio, los personajes con los que Spinoza discutía a propósito de la terapia de las pasiones, sino Séneca (*De ira*). También la pieza del filósofo romano, *Las Troyanas*, habría influido en los capítulos cinco y dieciséis del *Tratado teológico-político*, siendo utilizada por Spinoza como confirmación de su propia tesis acerca de lo inevitable de las pasiones en la vida política. Por último, las *Epístolas morales a Lucilio* (sobre todo la *Epístola* 57), escrito clásico que Spinoza poseía en su biblioteca, habrían abastecido de nociones el inicio y el final del tratado *De intellectus emendatione*.

El artículo, fruto de elaboración rigurosa por Inmaculada Hoyos, es exhaustivo y se acompaña de un aparato crítico con abundantes precisiones y matices, por lo que posee valor científico innegable como herramienta de trabajo para cuantos se interesan por las fuentes de la filosofía de Spinoza.

María Luisa DE LA CÁMARA

MOREAU, P.-F.: *Spinoza, Física y Ateísmo*, Madrid, Antonio Machado, 2014, 268 p.

En 2006 la casa Vrin publicaba el libro *Problèmes du spinozisme* de Pierre-François

Moreau. Pedro Lomba tuvo la gentileza de hacer la reseña que aparecería ese mismo año en el “Boletín de Bibliografía Spinozista” (*Anales del Seminario Historia de la Filosofía*, Vol. 23). Ocho años después, en 2014, veía la luz *Spinoza. Filosofía, Física y Ateísmo*, que es la versión española del libro de Moreau cuya traducción ha sido realizada por Pedro Lomba. El libro que comentamos aquí reúne diecisiete trabajos, algunos publicados entre los años 1993 y 2001, precedidos de la Introducción, a la que se añade, un Prólogo fechado en 2009 para la edición española. Estamos ante una rareza: un libro sobre Spinoza rabiosamente filosófico y, a la vez, profundamente histórico y contextualizado en el tiempo. Lo que se explica por la naturaleza de las materias tratadas, en no menor medida que por su hechura, capaz –como acabamos de apuntar– de atravesar los años sin perder ni un ápice de su real interés.

De tal manera se hace sentir, en el presente volumen, el potencial investigador y docente de Moreau que nos ha parecido más que oportuno acercarlo de nuevo al lector, habida cuenta de la relevancia que para la crítica textual tiene su contenido –en lo tocante a cuestiones metodológicas tanto como en lo relativo a la propia noción de Historia de la filosofía que maneja el autor–. Por otra parte, es de justicia subrayar la impecable traducción de Lomba, que atiende a los matices del libro original con todo el respeto posible al estilo resuelto y determinado de Pierre-François Moreau.

Nada más abrir el volumen el autor nos invita a tomar posición acerca de lo que ahí se leerá, ofreciendo en el plano meta-teórico un adelanto de lo que el lector puede hallar a lo largo de sus páginas. El Prólogo puesto a la edición española con el sugerente título de “La utilización de la mirada histórica” defiende la pertinencia de un encuentro activo y situado por parte del investigador frente a los filósofos, a sus textos y a la Historia de la filosofía que constituyen su objeto de estudio. Esta exigencia metodológica de la crítica textual a la hora de construir la Historia de la filosofía requiere, sin suprimir por ello otras prácticas más convencionales, el estudio diferenciado y fronterizo de los problemas que se examinan, el respeto a la especificidad léxica del autor, la búsqueda diligente de toda clase de

matices en los materiales, el registro cultural y el tono de sus argumentos, las controversias de las que participa o a las que se enfrenta. En una palabra: el reconocimiento del texto histórico en toda su historicidad. Lo que, en el caso de Spinoza, justifica la existencia de un tipo de estudios sobre su filosofía que ha de ir más allá de la búsqueda de la coherencia del sistema, y más allá incluso de los microanálisis textuales al uso. Siguiendo a Leo Spitzer, subraya Moreau, es menester considerar, ante todo, la inserción de las aportaciones filosóficas de Spinoza en la Historia de la Ideas: “las dificultades –pero también los recursos– que derivan de su manera propia de situarse en las controversias y de escalar diferentes estilos de argumentación” (p. 13). Así pues, nos hallamos ante una serie de herramientas metodológicas adoptadas por Moreau como: la dimensión controversial del texto spinoziano, sus silencios y omisiones, los conflictos en los que se inserta su filosofía, el léxico empleado y su dimensión argumentativa y retórica. En todo caso, el investigador que se sitúa ante los textos de Spinoza ha de hacerlo activamente, reflexionando sobre el texto filosófico *juntamente con* todo un universo de materiales precisos procedentes de la Historia de las ideas (es decir, de la cultura religiosa, científica, política y literaria), materiales que no sólo requieren ser nombrados y catalogados sino que han de ser determinados con toda la precisión posible en sus *desvíos significativos*, es decir, en sus variantes léxicas, en sus contenidos específicos, en la diferencias de tono y de argumentación, etc.– con que han transformado la herencia recibida.

Poco más puede decirse del libro, salvo que pone en práctica una serie de estrategias que persiguen evitar diferentes obstáculos epistemológicos transportados por la Historia de la filosofía de cuño academicista, como son la generalización, el sistematismo a ultranza, el esquematismo conceptual –es decir, medias verdades que terminan por falsear el texto en su historicidad. En la primera parte del libro, *Materiales*, la filosofía del judío holandés es presentada, a partir de tres conocidos artículos (publicados en 1994, 1996 y 1997) en confrontación con el pensamiento de Epicuro, con las observaciones de Tácito a propósito de los judíos y con el método de Descartes

respectivamente. Baste como botón de muestra el siguiente ejemplo: Aunque en los dos filósofos la física ocupa el lugar de la lógica a la hora de explicar la producción de lo falso, en ambos resulta también innecesario agotar todos los envites de esa ciencia, pues lo que les interesa realmente es la ética. Con todo, Epicuro hace dos excepciones en su lucha contra las percepciones ilusorias: el azar y la libertad, mientras que Spinoza se proclama, al contrario, defensor de una necesidad sin límites.

Bajo la rúbrica *Problemas*, Pierre-François Moreau muestra cómo la crítica textual puede ser iluminadora en función de la manera como se planteen las cuestiones filosóficas. Desde una nueva óptica el autor aborda problemas clásicos, que unas veces son extrínsecos a la filosofía del autor, y otras veces son desplazados o reformulados, como sucede con “El ateísmo” (p. 73), “El materialismo” (p. 89), “El lenguaje como poder” (p.99), “El engaño de sí” (p. 109) y la filosofía entendida como *práctica activa de la demarcación* (p. 121), es decir, como ejercicio de discernimiento y división según el criterio entendimiento/imaginación.

La tercera parte del volumen, titulada *Nociones*, ofrece a lo largo de varios trabajos una serie de contribuciones metodológicas que repercuten en nociones fundamentales de la filosofía spinozista. Es el caso de: “El léxico de la primera persona” (p. 139) donde se ponen en juego algunos recursos que interesan a la metodología de la traducción. Tienen también gran interés los estudios: “Sobre la justicia divina” (p. 157), sobre “Los profetas” (p. 167) –a partir de la fórmula “Scriptura sola”–, sobre los sacerdotes a partir del léxico del TTP (p. 183), o sobre “El martirio” (p. 249). Por último, los trabajos de carácter gnoseológico incluidos al final del volumen contribuyen a deshacer determinados equívocos y prejuicios que una lectura precipitada o demasiado rígida de la filosofía de Spinoza hubiera podido provocar. Se trata de los ensayos titulados: “La luz natural en Spinoza” (p. 191), “El amor en el *Tratado de la reforma del entendimiento*” (p. 215), “El juicio” (p. 229) y “La duda” (p. 243”).

Si no se trata de un libro de cabecera para el investigador, se le parece mucho.

María Luisa DE LA CÁMARA